

# veinte orbes



---

## muestra del taller virtual 2016

Red de Talleres Locales de Escritura  
Gerencia de Literatura  
Instituto Distrital de las Artes (Idartes)  
Taller Virtual de Escritores

[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)

[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)

© Para la presente edición digital:

**Taller Virtual de Escritores**

[info@tallervirtualdeescritores.com](mailto:info@tallervirtualdeescritores.com)

**Taller Virtual de Escritores**

Calle 56a # 73-16, piso 2, Bogotá, D. C.

Teléfono: (57-1) 5475062 - 3165540420

[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)

Compilador y editor:

**Jairo Andrade**

Diagramación y diseño:

**Doble Delirio Ediciones**

[info@tallervirtualdeescritores.com](mailto:info@tallervirtualdeescritores.com)

Imagen de portada:

**Susann Mielke**

CC0 Public Domain

Todos los derechos reservados.

**veinte orbes**  
muestra final del taller virtual  
Red de Talleres Locales de  
Escritura de Bogotá.  
Instituto Distrital de las Artes  
(Idartes)  
Taller Virtual de Escritores.

Autores:

Inés Fonseca, Valentina Gonzáles,  
Astrid Martínez Fernández, Margarita  
Piedad Gutiérrez, Maribel Riaño  
Sanabria, Alejandro Santana Prieto,  
Ana Triana, Claudia Marcela Torres,  
Karen Julieth Méndez González,  
Jairo Carrillo Amaya, María Paula  
Valderrama Acero, Michael David  
Durán, Paulina González Sánchez,  
Daihana Lizbeth Flórez, Elda Suárez,  
Ramiro Blanco Ruiz, María Cristina  
Gómez, Natalia González, Carlos  
Eduardo Moreno Gallego, Roxana  
Orguelt.

Bogotá: Taller Virtual de Escritores,  
2016.

53 p.; 14 x 21 cm.

Literatura - Poesía - Cuento -  
Crónica - Bogotá - Escritores  
Colombianos.

Primera edición: noviembre de 2016.

# veinte orbes

muestra del taller virtual  
2016

Red de Talleres Locales de Escritura  
Gerencia de Literatura  
Instituto Distrital de las Artes (Idartes)  
Taller Virtual de Escritores

[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)

## Presentación

Escribir es un placer que, como tal, no puede enseñarse. Incluso en un taller literario. Lo que sí se puede hacer en un taller es aprender a escribir. Más si nos atenemos a la segunda definición del diccionario de la RAE sobre ese término tan volátil; aprender: *Concebir algo por meras apariencias, o con poco fundamento.*

Yo creo que el taller es una oportunidad para compartir ideas y teorías periféricas, prácticas siempre soterradas, variaciones e incluso invectivas acerca de cómo el agua moja. No hay tesis sobre el arte de escribir que no tenga en la literatura misma un ejemplo que la derrumbe. No hay revelación sobre los misterios de la escritura que al segundo vistazo no resulte obvia. ¿Por qué? Porque escribir se trata de una sola cosa: de alzar a mano, a punta de palabras, un inquilinato, un falansterio, un orbe. Quien dirige un taller literario hace una suerte de prestidigitación: trabaja con la mirada de su propia mano. Pero esta finta tiene mucho sentido, pues se basa en la esencia misma de la escritura: hacer creíble aquello que no existe.

Por eso en el taller virtual se enseña casi nada. Hay guías indispensables, puestas sobre la mesa mediando el suficiente reparo como para que no se tomen ni a la ligera ni tan en serio. Lo importante es cómo cada quien pone en práctica sus dudas, cómo se propicia un diálogo

capaz de convertir una idea en un texto que inventa sus propias reglas. Por eso, si hablamos de escritura, el concepto enseñar se queda corto. Lo que más me interesa (y emociona) es constatar cómo cada quien y a su ritmo descubre la mirada de su propia mano.

De esos hallazgos personales, acaso demasiado breves para el océano que cada quien avizó en este ciclo, surgió el conjunto de textos que ofrecemos al lector. Estos orbes mínimos transitan por el cuento, el poema, la opinión, la postal literaria e incluso el aforismo. Esperamos que el lector los disfrute. Y que otras miradas y emociones, esta vez inesperadas, acompañen la de los autores desde la otra orilla de la página.

### Jairo Andrade (director del taller)

Soy autor de la novela *Cadáveres de papel* (premio internacional de narrativa UNAM - Siglo XXI Editores, México, 2014) y del libro *Puntos de fuga* (premio nacional de cuento Jorge Gaitán Durán, 2012). También obtuve el premio distrital de cuento *Idartes* (2015) y el segundo premio en el concurso nacional de cuento Universidad Central (2011), entre otros. He dirigido talleres literarios en diversas entidades oficiales y universidades.

## Entrevista al Vizconde demediado

Inés Fonseca

Una noche, husmeaba por los corredores de la biblioteca universitaria cuando escuché pasos. No pude evitar oír la conversación. Era otro lector. Yo estaba del lado opuesto de la estantería. El centinela que hacía la ronda preguntó:

—¿Quién va?

—*Un vivo partido por la mitad* —respondió y siguió de largo.

—¿Es necesario que esté *escondido y envuelto en los bordes y pliegues de aquel amplio ropaje*?

—Sí, *porque las empresas que se basan en una tenacidad interior deben ser mudas y oscuras; a poco que uno las declare y se gloríe en ellas* —respondió el personaje.

El vigilante parecía clavado en el piso. Buscó el rostro de su entrevistado y se quedó allí, agotado, mientras escuchaba la respuesta a su última pregunta:

—¿Le agrada leer a Calvino?

—Sí, es mi autor. Quiero saber por qué me ha dejado en medio de este mundo. Leo para *descarnar cada concepto, para reducirlo a pura esencia, porque me ha*

*dejado en poder de sombras disueltas e impalpables —  
Parpadeaba, soltaba un suspiro, del suspiro pasaba al  
bostezo, y volvía a entrar en el nirvana.*

En la mañana encontraron al vigilante en medio del  
*Mundo escrito y mundo no escrito* sujetando, rígido,  
*Nuestros antepasados.*

### **Inés Fonseca**

Nació y vive en Bogotá. Cuando no está frente a la computadora, tiene ante sí un cuaderno con su lápiz y, se dedica a escribir. En la actualidad consagra su tiempo laboral a los archivos históricos literarios y religiosos del siglo pasado: organización, transcripción de manuscritos y edición de los mismos. En sus ratos de ocio lee y ora.

## **Mi amigo el gigante**

**Valentina González**

La primera vez que lo vi fue en la primaria, en una tarde fría y gris. Estaba sentada en mi pupitre cuando él llegó. Todos voltearon a mirarlo, se escondía detrás de su maleta. No hablaba con nadie, siempre se veía de mal humor.

Una mañana decidí acercarme y realizar una actividad en grupo, no me iba bien en el colegio, y aunque no hablábamos mucho comenzó a hacer que yo mejorara bastante. Su presencia era inquietante y por más que quisiera convencer a mis amigos nadie quería jugar con él.

No me importó, lo acompañé durante todo el año, a medida que pasaban los meses él se reía más y yo era sobresaliente. Ya no se escondía detrás de su maleta y sus manos se habían convertido en lo más suave que había tocado en toda mi vida.

Respiraba aire puro cuando me encontraba a su lado, conseguí una hermosa compañía y un gran abrigo.

El último día de clases nos fuimos juntos como de costumbre, pero esa tarde fue diferente, lo invité a mi casa. Le mostré cada rincón, mis juguetes, el jardín, mi habitación y una foto de mis padres. Podía ver su sonrisa

de reojo, me sentía realizada al ver que lo había hecho feliz.

Con un suspiro me detuve y pensé: ¿por qué no lo había invitado antes?

Entonces pude ver, era una cuestión de miedo. Aunque estaba frente a mí, el gigante había desaparecido. Ahora vivía dentro de mí.

### **Valentina González**

Nací en Bogotá. Comunicadora Social y Periodista, Auditor Interno Integral HSEQ de SGS Colombia. Publiqué mi primera novela *El peor de los silencios* en el año 2015.

## **Sortilegio**

**Astrid Martínez Fernández**

12:00 p.m.

Me obligo a entrar en la cama, a dejarlo todo a medias y volcarme en un sueño necesario y a veces injusto, para quienes nos atrae el silencio y la oscuridad. Entre las cobijas me dejo ir en un sueño desprovisto de fantasías, de simbolismos o revelaciones extrañas. No hay colores, todo se urde en negros y grises; un hombre sin rostro con sombrero de ala ancha me habla con una voz gutural. Trato de gritar, mi voz se desvanece, el ritmo cardíaco y mi respiración aumentan, todo se oscurece. El hombre me arrastra sin tocarme, yo trato de permanecer, de no dejarme ir. En el forcejeo inexistente, el subconsciente juega a mi favor. Despierto temblorosa y torpe enjuagada de sudor. Busco la herencia de mi abuela, una camándula de madera, en una pequeña caja secreta de Buda. En la cama por segunda vez, la pongo en mi cuello, cierro los ojos, la palpo y mis dedos se enredan en ella, en esa camándula a la que Dios o mi abuela, han dotado quizás de algún sortilegio extraño que me permite dormir en noches como esa.

### **Astrid Martínez Fernández**

Nació en Bogotá el 6 de junio. Estudió Derecho en la Universidad La Gran Colombia. Ha participado en el taller Relata de la UIS. Uno de sus textos fue publicado en la Antología Nacional Relata (2013), así como en la Antología Caballos en la niebla (2014). Fue finalista del Premio Internacional de Narrativa Femenina Bovarismos (2014). y otros textos en El desamparo y la compañía Antología Relata UIS (2015).

## **Junto al mar**

**Margarita Piedad Gutiérrez**

Septiembre  
sonrisa de verano  
vacación marina

Noche  
crisol de fantasía  
sombra celosa

Luna  
cristal de ilusión  
viajera eterna

Playa  
estela de sueño  
reflejo dorado

Arena  
lecho de amor  
beso furtivo

Brisa  
caricia de diosa  
caracola reina

Olas  
música del alma  
espuma inmortal

Mar  
espejo de sirena  
planeta solitario

### **Margarita Piedad Gutiérrez**

Cursó estudios de Psicología en la Universidad Nacional de Colombia y de maestría en Creatividad en la Universidad Santiago de Compostela (España). Docente en el SENA y en varias universidades. Alumna del Taller Virtual de Escritores, participante del Club de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño y alumna del Taller virtual de Idartes, en 2016.

## Entre nosotras

**Maribel Riaño Sanabria**

Al mes de hospitalizada, tuvo un momento de lucidez. Habló de una maleta, con desesperación. Apenas baluceaba: “La tengo escondida, es vieja”. “Sólo ella puede verla”. En la hora de visitas siempre me esperaba y antes de dormirse, sentenciaba: “Mañana seguro viene”. Mis tías me insistieron en que fuera, primero como petición, luego casi como una orden:

—Seguro se quiere despedir; si muere, que no te quede la culpa.

Me negaba a verla enferma, engañada con la idea de celebrar su centenario el próximo año.

Cuando me acerqué a su cama, sus ojos se aguaron con una chispa de complicidad. Me habló al oído:

—Voy a morir, con muchos secretos y con algunos pecados. No quiero que estas puritanas los conozcan. Busca la maleta en mi casa. Allí está todo. Ábrela, o destrúyela.

—Sí, abue, tranquila. Yo me encargo.

En el sepelio, me escapé del cortejo familiar y entré a su casa en ruinas. ¡Tanto recuerdos en esos muros! No de una abuela maternal, sino de una irreverente

inspiradora. Los relatos familiares me pasaban en imágenes. “Una revoltosa irresponsable”, comentaban sus vecinas.

¿Viviría momentos de pasión en este lugar? Dos de sus amores asesinados, dicen que por un amante celoso. Una hija de padre desconocido. ¿Sería del mismo amante? No encuentro la maldita maleta. ¡Estoy ansiosa! Imagino su contenido. No me dijo el lugar exacto donde la escondió ¿Tendrá allí un diario? ¿Conoceré detalles de esos amores prohibidos?, ¿cartas apasionadas?, ¿la identidad de ese misterioso hombre?

Sudorosa y polvorienta, busqué en cada rincón; me di por vencida. ¿Acaso deliraba y no existió ni amante ni maleta?, o... ¿Alguien se me adelantó?

### **Maribel Riaño Sanabria**

Gestora cultural, creadora de experiencias de intervención social mediante el arte. Pedagoga, especialista en derechos humanos y políticas públicas, gerencia social y magister en antropología social. Ha realizado investigaciones en temas relacionados con el conflicto armado y las afectaciones en las mujeres, el teatro político latinoamericano y las transformaciones de imaginarios culturales.

## **Teatrino**

**Alejandro Santana Prieto**

Estuvo allí, empuñando la bandera incolora, atenta, inquieta y expectante, cuando un repentino estrépito turbó la tranquilidad del escenario. Un zumbido estremecía el interior de su conciencia. Aterrorizada por la realidad, estaba sujeta al incierto destino del cual no podría escapar; pero en ese instante la marioneta se despojó de sus hilos, comprendiendo el sentido de la libertad, aunque ésa le costara la vida misma. Lo prefirió así, decidiendo no existir más para sí, despojándose de esa esencia vital, para vivir en memoria de la eterna función.

## Alejandro Santana Prieto

Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital, 2006. Me considero un demiurgo creador, anhelante de concebir mundos posibles para darle un sentido a la existencia. Desde el año 2012, he venido emprendiendo la tarea de formarme como “aprendiz” de escritor asistiendo a los talleres de creación literaria en la Universidad Central, Fundación Gilberto Álzate Avendaño, Funza para contar y taller virtual de escritores. Por otra parte, he tomado los talleres de Idartes en las localidades Chapinero, Santa Fe y Taller Virtual.

## Amarillo gato bombillo

Ana Triana

Amarillo es mi gato  
maúlla como un garabato  
¡Pide agua! Todo un alegato.  
De noche corre con arrebatato  
ganador de campeonato.

Él no es un gato barato,  
es todo un insensato.  
Rascándose los bigotes el muy ingrato  
se cree un literato.

Por las mañanas como un chivato  
organiza un triunvirato.  
Tres gatos de peripato,  
el felino sindicato.

Así termina el relato  
de Amarillo que es mi gato.

## Ana Triana

Viajera, cocinera, terca y alegre. Se gana la vida como directora de arte para televisión. Profesional en medios audiovisuales del Politécnico Grancolombiano con énfasis en Cine. Candidata Maestría en Estética e Historia del Arte de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Beca Idartes de Periodismo y Crítica para las artes Ceper- Universidad de los Andes 2014.

## Irrealidad

**Claudia Marcela Torres**

Cuando llega la noche todo a mi alrededor toma una nueva forma. Ya no existe el tiempo ni el espacio; veo seres y situaciones inexplicables. Mi cabeza da vueltas y mi corazón palpita precipitadamente. De un momento a otro, me sumerjo en un sueño profundo y todos mis sentidos se agudizan: escucho el maullido de los felinos y sus pequeñas uñas desgarrando mi cara; un sabor amargo produce en mi boca sensaciones de asco y malestar. Poco a poco me voy convirtiendo en ese otro ser que veo en todos mis sueños, deseo despertarme pero no puedo. En una esquina de mi cuarto aparece esa presencia extraña y sórdida que me confunde y me invita a seguirla. No sé quién es, tal vez soy yo mismo reflejado en un espejo. Una ráfaga de entusiasmo invade mi cuerpo y decido acercarme a ella. El frío congela mis entrañas, mientras ella me observa fijamente y me analiza como si estuviera esperando mi siguiente jugada. Ahora escucho una voz que me dice: no pelees más, ya no hay salida, tu momento se terminó, es tiempo de partir.

La oscuridad me rodea, no puedo ver ni sentir nada, ya no sé dónde estoy ni quién soy. Ahora ese ser se transforma en una sombra que penetra mi alma y

enceguece mi cordura. Desde el otro lado del espejo veo a un hombre sentado en la orilla de su cama divagando en la inmensidad de su esencia y esperando a que me duerma otra vez para poder sumergirse en mi nueva realidad.

### **Claudia Marcela Torres**

Magister en la enseñanza del español como lengua extranjera de la Pontificia Universidad Javeriana. En este momento se encuentra vinculada al colegio The English School como docente de lengua B. Es una persona que disfruta de la lectura, de ver películas e ir al teatro.

## **Sobre el suicidio**

**Karen Julieth Méndez González**

Pensando en las muertes  
las naturales,  
las accidentales (que no son casuales),  
las planeadas,  
las necesarias,  
los magnicidios,  
los genocidios y demás,  
supe que moriría por suicidio.  
La vida seca,  
solitaria,  
no amada,  
rabiosa,  
insonora,  
agobiada y preocupada  
no es puerto para la muerte.

Al menos no  
para que el caos del mundo  
se ocupe de ese asunto.  
No entrará en las importantes  
que lastiman músculos,  
descargan lluvias saladas  
y ventean buenas palabras.  
La muerte no llega  
a un puerto sin mar.

### **Karen Julieth Méndez González**

Nació en Bogotá el 4 de septiembre de 1994. Desde aquel domingo ha vivido en el mismo barrio, en la misma casa y en el mismo cuarto. No asistió al jardín pero asistió a la iglesia por lo que la lectura y la reflexión se inculcaron a temprana edad. De padres campesinos, es junto a sus hermanos la primera generación que nace en la ciudad y va a la universidad. Entre el campo, la ciudad, la guerra y la desigualdad se ha dedicado a la lectura, la escritura, la fotografía y la teoría política con el sueño de ser escritora.

## Visita

**Jairo Carrillo Amaya**

Anoche vino a visitarme la muerte. Es curioso. No tuve miedo.

Era de talla pequeña, cubierta con una gran capa negra que le llegaba hasta el piso, lo que impedía ver su cara.

-¡Vámonos! -me dijo en tono suave pero firme.

-¿A dónde? -contesté.

-¿Cómo a dónde? Llegó tu fin.

-¿Mi fin? ¿Qué fin?

-¿Cómo, qué fin? -subiendo el tono de voz- tienes que morir ya.

Parecía inquieta.

-¡Anda, párate y vámonos! tengo muchas visitas pendientes.

-¿No tienes asistentes que te ayuden? Tendrás bastante trabajo.

-¡Muerte no hay sino una y esa soy yo!

-¿Nunca descansas?

-Nunca. Soy la encargada de mantener el equilibrio

de la vida. Si no fuera por mí, la vida no existiría.

-Quizá aún no es mi turno.

-¿Que no es tu turno? Cada ser humano nace programado para morir en determinada fecha y circunstancias. Soy la encargada de que se cumplan a su debido tiempo, no puede haber fallos.

-¿Uno debe morir cuando se le realicen todos sus sueños?

-Es verdad.

-¿El amor está incluido?

-Es el más básico e importante de todos.

-Hay un problema.

-¿Qué problema?

-No he sido amado y no me puedo morir antes de cumplir ese sueño.

-¿Cómo?, ¿no has sido amado? No puede existir un ser humano que no haya sido amado.

-Yo soy ese ser humano.

-¿No te han amado? ¿Qué clase de ser humano eres?

-Eso mismo me he preguntado toda la vida.

-¿Y tú has amado a alguien?

-No lo sé. Quizá.

-¿Y no has tenido padres, hermanos, amigos, cónyuge, amantes, en fin, alguien que te ame?

-No lo he percibido.

-¿Y cómo lo sabes?

-Es algo que se siente. Supongo.

-Basta de polémica. Vámonos.

-Podrías volver o esperar a que alguien me ame y así cumplirías con tu deber.

-Es absurdo, la muerte solo hace una visita a cada ser humano. No acostumbro a demorarme tanto tiempo con alguien. No sé qué me pasó contigo.

-A lo mejor te caí bien y no quieres llevarme aún.

-¿Por qué no me amas tú y así saldremos del problema?

Se detuvo un instante, tal vez reflexionaba, aproveché para insistir en mi argumento que por lo visto la había desconcertado.

-Podrías amarme un instante y luego partimos.

No respondió. Su silencio me agradó. Soñé buscándola, quizá me amó, quizá yo también la amé. No sé si estoy vivo o muerto, pero me siento inmensamente feliz.

### Jairo Carrillo Amaya

Pensionado. Licenciado en Economía. He participado en el Taller de escritores GGM de la Universidad Autónoma, Taller Relata de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Santa Marta. Diversas publicaciones de cuentos en la Revista Pluma y Tintero de España.

## Entre los dos

**María Paula Valderrama Acero**

Me haces perder la noción,  
me enredas en la ambigüedad de lo que tenemos,  
lo que inspira este juego  
de intriga y emoción,  
de ser a escondidas sin escondernos,  
vivir sin pensarlo  
y hacernos uno  
sin dejar de ser dos.

## Aforismos

Despertar no fue abrir los ojos en la mañana, despertar  
fue aceptar una mañana que ya no volverás.

*Para mi hermano C.A.V.A.*

Muchas palabras hacen el sinsentido de un encuentro.

## **Maria Paula Valderrama Acero**

(Bogotá, Colombia, 1990) Profesional en Diseño Gráfico de La Tadeo y estudiante activa del Oficio de la Madera en La Escuela de Artes y Oficios Santo Domingo. Creyente en las artes como medio de expresión y libertad, amante de la escritura como pasatiempo y de la lectura como la puerta a mundos desconocidos. En el año 2016 inicia el camino de formación para darle sentido y estructura a sus escritos con el taller de escritura de Idartes.

## **Doppelgänger**

**Michael David Durán**

Te escribo esta carta ahora que no estás despierta. El hombre que trajiste a la casa se acaba de marchar y tú cuerpo desnudo resplandece bajo esa luz que se filtra a través de las cortinas. Medio dormida emites todavía algunos gemidos de dolor. Estabas embriagada nuevamente y a ese hombre no le fue difícil doblegarte y hacer realidad sus más obscenas fantasías. Temo que estés lastimada, temo que tu valentía de anoche, cuando levantaste la copa y decidiste estar dispuesta a todo, se haya quedado en el fondo de alguna botella vacía. Siempre me quedo mirándote cuando una intensa noche de placer ha terminado. Veo cómo brillan en tu vientre el sudor y los fluidos corporales. Tus lágrimas de nuevo se han mezclado con el licor, con la ansiedad y la lujuria que inútilmente he estado combatiendo con La Palabra del Señor.

Tu necesidad espiritual se ve eclipsada por esa hoguera que se enciende debajo de tu falda. Tu ambición de ser amada, tu ternura al entregarte a un hombre, tu inevitable sed y esa ráfaga de calor que te invade son más fuertes que las oraciones que hacemos en el silencio de

nuestra habitación. Te escribo esta carta porque mañana el dolor no te dejará caminar ni pensar.

No escucharás mi voz y seré solo un reflejo, un eco en tus pensamientos. Un breve arrepentimiento que olvidarás en el siguiente beso. Un murmullo que se desvanecerá con la próxima caricia que se sumerja en tu vientre.

### **Michael David Durán**

Nació en Bogotá un 25 de junio. Estudiante de escritura creativa en el Taller de poesía ciudad de Bogotá Los Impresentables y del Taller Virtual de la Red de Talleres de Escritura de Bogotá. Uno de sus poemas, Plumas de hielo, fue publicado en la revista digital Otro Páramo.

## **Súplica de amor**

**Paulina González Sánchez**

No me quieras plena, tampoco ligera

Escucha desde antes

Las huellas de cansados gestos

Y la alegre despedida

De antigua sumisión.

Quiéreme en mi incertidumbre

Abierta en ti, lumbre y hielo

Ambigua y clara, pletórica de dudas

Como la tediosa claridad

De este cielo ennubesado.

No me quieras siempre igual

Abraza el hastío

De otoñal melancolía

Y la descomunal fuerza

De mi andar ligero.

Cuando sientas el cansancio  
De mañanas siempre iguales  
Frente a un café perezoso  
No intentes convocar en mi piel agitada  
Los ecos gastados de fugaces pasiones.

Vuelca tu compasión por la ventana  
Y marcha alegre por el sendero  
De los amantes sin retorno.  
En él arroja el silencio  
Perverso del adiós.

### **Paulina González Sánchez**

De Ciénaga, Magdalena, vive desde hace años en Bogotá. Economista de la Tadeo, docente de Literatura en el Colegio Departamental de Aracataca y de varias universidades de Bogotá. Mención de honor en el Concurso de cuentos para trabajadores, versión 2004, con el cuento Historia colectiva. Ha tomado talleres de Escritura en la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, la Universidad Central y el Taller Virtual de Escritores.

## **Cámara online**

**Daihana Lisbeth Flórez**

Luisa no paraba de comer frente a la cámara, era la única persona en el grupo que había olvidado apagarla. Saboreaba con sus dedos una torta de chocolate y tomaba leche a grandes sorbos, hacía gestos exagerados mientras disfrutaba su comida, inconsciente de que todos la observábamos. Se rascó la nariz, jugó con su cabello y por fin reaccionó y se desconectó.

Hernando aprovechó para tomarle fotos a la pantalla, observó las imágenes varias veces. Luisa tenía rasgos atractivos, en realidad era muy bonita y la buscó en LinkedIn. Le encantó su perfil por aquello de que era una mujer preparada, psicóloga experta en *coaching* con larga experiencia en el campo, le gustaba bailar y practicaba golf, decía que era una mujer segura de sí misma, disciplinada y asertiva, y todo eso le fascinó a Hernando. Hubo, sin embargo, un detallito que le puso pensativo: Luisa era divorciada.

Hernando todavía no sabe que Luisa sigue enamorada de su ex-esposo con quien mantiene una excelente relación, no le dará ni la hora a Hernando.

Hernando ha estado asechando a Luisa por interno, y si sigue así los perderé a los dos; si Luisa abandona el taller, también lo hará Carla su mejor amiga, entonces

me quedaré con sólo cinco estudiantes, los cuales al ver el bajón tampoco querrán continuar. Los entrevisté hace más de dos meses, no sólo a Luisa y a Hernando, sino al grupo entero. En el proceso de "selección" me di cuenta de que no conseguiría muchos alumnos, por eso a los pocos interesados les hice creer que habían sido los elegidos. Ahora que por fin logré armar un grupo, éste se está deshaciendo por culpa de Luisa y Hernando. Ellos seguirán con sus vidas, yo tendré que dejar las videoconferencias y hasta cambiar de trabajo, y todo porque una alumna no entendió que la única cámara que debería estar conectada era la mía.

### **Daihana Lisbeth Flórez Baracaldo**

Estudié Ingeniería Industrial en la Universidad Católica de Colombia. Viví 4 años en Londres, donde me apasioné por la escritura y la lectura. Actualmente doy clases privadas de inglés y soy directora del fanzine Doble Filo, un proyecto de autogestión, cuyas ediciones distribuimos en Transmilenio, en la ciudad de Bogotá.

## **Sonetillo**

**Elda Suárez**

Con qué dolor el soneto  
Se somete a la opresión  
De estar en catorce versos  
Y en rima de obligación.

Opto por el sonetillo  
Que rompe la esclavitud  
De endecasílabo, y trino  
Sin mucha solicitud.

Como hay que poner tercetos  
En esta composición  
A mí misma me prometo

No romper el requisito  
De darle la posición  
A este último versito.

## Elda Suárez

Nortesantandereana. Pensionada de la docencia pública. Vivo sin afanes como al comienzo de mi trasegar por la existencia. La instrucción bíblica: “Cada uno someta a prueba su propia obra” me confronta día a día con el quehacer y la expresión humana.

## La lucidez de un perturbado

**Ramiro Blanco Ruiz**

Pacho le hace una zancadilla a Cabanzo, el más grande del Salón de clase. El grandulón protesta, es mucho más alto y grueso. Se desafían. Pacho lo encara y se quita el saco con valentía. Cabanzo lo imita y cuando tiene su saco en la cabeza, el pequeño le propina una andanada de golpes. Cabanzo es un muchacho noble y se retira.

Pacho se enrola en el F2 de la Policía Nacional. Es la autoridad. Armado y peligroso, limpia las calles de atracadores.

Y de pronto estalla la Bomba: su esposa lo traicionó. Para todos, firmó su sentencia de muerte.

Meses después lo encuentro acelerado y drogado. Le pregunto por la familia y me suelta una de las enseñanzas más grandes de mi vida.

—A los hijos nadie los cuida como el papá o la mamá. Ni abuelos ni tíos, nadie reemplaza a los padres. Y yo jamás voy a dejar a mis hijos sin su mamá, así me vuelva mierda.

Y así lo hizo. Se sumergió en la droga hasta el cuello y la locura. Años después lo encontré totalmente

restablecido, con la mirada limpia. Perdonó a su esposa, terminó sus estudios, era abogado. Y sorpresa, lo había salvado Jesucristo. Recuperé mi fe en Dios.

El año pasado en Colombia más de mil mujeres fueron asesinadas, y 16 mil casos de violencia sexual fueron denunciados. Algunos ultiman a sus esposas delante de los hijos. Y las palabras de Pacho resuenan en mi ser: “Nunca dejen a los hijos sin su madre”.

### **Ramiro Alonso Blanco Ruiz**

Nací en Arcabuco, me formé en Bogotá. Estudié periodismo, pero he trabajado en sistematización, recreación, transporte. Me gusta bailar, leer, escribir. Basándome en mis cuentos he escrito guiones de cortometrajes. Han gustado. En este momento dirijo uno. Es una experiencia vivificante de fotografía, arte, creatividad. Estoy terminando mi primera novela que espero ver publicada el año entrante.

## ¿Qué hay en un nombre?

**María Cristina Gómez**

Aunque quisiera decir que mi nombre María Cristina significa claridad, amor, sabiduría, persona llena de talentos, como Sasha, o que alude a los puntos cardinales como North West, lo cierto es que aparte de ser una extensión de no sé qué español cristiano que llegó al Nuevo Mundo, mi nombre es tan común en Colombia como saber que existe o existió la Flota Mercante Grancolombiana.

Y en la riqueza de esa normalidad, cuando vivía en mi país y por decir dejaba un vestido en la lavandería e iba a recogerlo días después, la empleada leía el recibo en voz alta: “María Cristina Gómez.” No me miraba, no me pedía que deletreara mi primer nombre, no me sonreía. Comprendía los signos, me daba mi ropa, yo le pagaba y me iba de vuelta a casa. Era un evento cotidiano sin importancia. Otro ejemplo, en los lugares donde estudié los profesores tomaban lista y todos los estudiantes teníamos dos apellidos: Perez Sierra; Hernández Sabajón; Rivera Camo y la mayoría dos nombres: Angélica Paola; Juan Mario; Prixia Carolina. Al llamarme a mí, a ninguno se le ocurría decir solo María. Este existía, de lo que me acuerdo, para orar a la Madre de Jesús y para alabar sus virtudes, punto.

Pero eso cambió cuando entré a Estados Unidos por primera vez y el oficial de inmigración me dijo: “María Gómez, welcome to America” y me sonrió. Yo

giré mi cabeza de lado a lado pensando que le hablaba a alguien más (también porque su inglés era más veloz que el aprendido en Uniandes) hasta que caí en cuenta de que me miraba a mí. En ese momento no fui lo suficientemente sagaz para comprender que mi nombre acababa de ser mutilado.

¿Qué diferencia hay entre ser María Cristina o María? Tal vez ninguna, pero es igual que privar al sacapuntas de su otra mitad, a la sobresábana de sus características inalienables, o al tocadiscos de alguno de sus dos compuestos. Es parecido a referirse al argentino Juan Domingo Perón solo de Juan Perón o a María Conchita Alonso como María Alonso. Seremos las mismas personas pero no con la misma identidad, una que por lo menos conservo intacta en la cédula de ciudadanía que mi país me dio.

He vivido en el norte lo suficiente para ser testigo del juicio a Bill Clinton, la caída de las Torres Gemelas, la elección del primer presidente afroamericano, el huracán Sandy, grandes nevadas y momentos de alegría y dolor. Sin embargo, aún no me acostumbro al María Gómez. A esa persona no la conozco, no sé qué le gusta o porqué se instaló en mi residencia. Es más, podría desaparecer en un instante y no la buscaría. Pero mi nombre compuesto, a ese sí lo conozco ya que me ha llevado a caminar por luengas leguas hasta traerme hasta hoy. Cuando alguien me llama María, lo pienso por unos segundos, hasta que me acuerdo que esa es mi identificación aquí. Algunos norteamericanos hasta me han preguntado si tengo un alias o algo así y cuando he tratado de explicarles que es que no soy solo María, sino María Cristina me sonríen con beneplácito y se van con la idea de que los latinos somos realmente extraños.

De cualquier forma, tal vez crecer significa despojarse de tesoros de la niñez. Ya sea de la inocencia, de las risotadas estrambóticas, de un nombre o de los dientes de leche. Para recuperar lo que yo he perdido tendría que renunciar a vivir aquí, volver a Colombia y eso tampoco garantiza que encuentre mi identidad completamente. Por el momento, me queda un consuelo y es firmar mis escritos con mi nombre de pila y que nadie me impida el hacerlo.

### **María Cristina Gómez**

Nació en Bogotá, un día de quincena en octubre. Graduada de Lenguas Modernas de la Universidad de los Andes en Bogotá y Máster de Literatura Española de Queens College, Nueva York. Disfruta de la lectura, de caminar, contemplar anocheceres, enseñar español y escribir historias. Actualmente trabaja en su libro de cuentos que planea publicar próximamente.

## Cíngulo

**Natalia Gonzáles**

La cara azul  
territorio de moscas,  
fiera sin presa.

### **Natalia Gonzáles**

Nací y crecí en Bogotá. Me dieron afortunadamente una crianza que ahora se puede considerar antigua. Estudie en colegio de estilo militar. Tengo un título en gastronomía que ejerzo de vez en cuando en la cocina de mi casa. Actualmente estudio literatura y francés. Entre mis actividades predilectas incluyo aquellas relacionadas con la lectura, el cine y el deporte, por supuesto, me he aventurado a escribir, así que debo añadir esto de ahora en adelante a mis aficiones.

## El Duende

**Carlos Eduardo Moreno Gallego**

A pesar de la proximidad de la noche el aire se calcina a treinta y nueve grados. Casi nada sobrevivió a los bombardeos de hace cuatro décadas. Pocos vestigios de las edificaciones quedan en pie: el altar de la iglesia, la mitad de la escuela, un pasillo de la plaza de mercado, algunas paredes de casas humildes abandonadas aprisa y lo poco que queda de la estación de policía con cicatrices de múltiples asaltos. Han brotado hongos en los restos quemados de árboles gigantes. Esqueletos de caballos junto a hierros carbonizados de automóviles antiguos, armonizan con este decorado de exterminio. En los límites de esta devastación se puede otear un rancho de madera enorme que ha servido de hotel para viajeros perdidos o varados en la carretera cercana y una docena de viviendas de esterilla que han construido algunas familias desplazadas de pueblos lejanos.

El Duende acaba de llegar y ve su otrora opulenta casa paterna reducida a escombros y cercada por una muralla raída. La única entrada está protegida por una teja de zinc herrumbrosa sostenida con desgano por dos hilos de alambre igualmente corroídos. Cuando intenta penetrar, el rechinar de los metales le hace humedecer los ojos. Ahora está sentado sobre un tronco en lo que antes era la sala; apenas respira. Cualquier vestigio de compañía humana se ha desvanecido. No existe nada más en el universo que él y el sutil fragor de la oscuridad.

De pronto se yergue con ímpetu. Se encamina hacia la entrada, desprende la teja y la arroja violentamente al centro de la calle. El estrépito intensifica los chillidos de la fauna nocturna y provoca una estampida de loros que dormitaban en los yarumos. Se encamina al cementerio. La claridad le permite leer los epitafios de sus padres, uno junto al otro, como fue siempre su deseo, por toda la eternidad. Arrebata a un bugambil dos ramos floridos que deposita en sendos jarrones. Camina sin orientación por calles desiertas hasta que es atraído por la luz desfalleciente del rancho gigante. En un rincón del corredor de madera yace un hombre de camisa roja con su cara cubierta con una pañoleta satinada del mismo color. En una mecedora se acuna un anciano junto a una butaca donde reposa una vela cuya llama se agiganta y disminuye a capricho del viento. Al verlo le advierte:

—Hoy fue el día de los extraviados. No tenemos ni una cama libre. Tendrá que dormir en el zarzo.

—Soy el Duende.

El hombre de la camisa roja vacila. Luego se aleja del rancho con su rostro cubierto.

El anciano queda inmóvil. Palidece. Se levanta intempestivamente con ojos aterrorizados. Entra a una enorme habitación ocupada por varios hombres y mujeres y despierta a uno de ellos.

—Necesito la cama —le susurra.

Peor—¡Déjelo dormir! —le grita el Duende desde el corredor.

—¡Présteme algunos cueros y me quedaré en el zarzo! —extrae un billete de alta denominación.

—¡Cóbrese!

—Págume mañana. No veo bien con tan poca luz. Solo tengo esta vela. Si quiere puede utilizarla.

—¡No! —le arroja el billete—. ¡Quédese con el cambio!

Sube la escalera y llega hasta el zarzo. La luz lunar que traspasa los agujeros de las tejas le permite organizar sus objetos personales. Se quita la ropa. Extrae de su morral una cajetilla de cigarrillos, un encendedor y un celular que solo le sirve para saber en qué hora vive y la fecha que acaba de ganarle a una contingencia que le tiene los días contados. Coloca un santo cristo en su frente mientras musita a ojos cerrados una oración en la que pide perdón por sus crímenes y misericordia por las almas que deben rondar en esa claridad con libertad para salir del inframundo a cobrárselas.

No es la primera vez que piensa y masculla estas palabras, siempre revestidas de plegaria:

—Partieron por mi culpa y sin oportunidad de defenderse porque las únicas armas que tenían eran sus rodillas para suplicarme perdón por el delito de no tener a donde huir y por negarse a abandonar la región. ¿Cómo iban a dejar sus tierras aunque eran tan poca cosa que apenas les daba para no morir de física hambre? Pero dos platos de sopas aguadas al día era algo. Por natural dignidad, no aceptaron la miseria que les ofrecieron los doctores bajo amenaza de muerte que yo terminé ejecutando.

Un plato sucio le recuerda que no ha comido. Las últimas tres gotas de su cantimplora se evaporan al tocar sus labios. Enciende un cigarrillo. Sostiene una toalla

envejecida que se ocupa incansable de secarle el sudor. De una bolsa extrae los últimos fragmentos de cortezas de naranja atesorados para combatir la sed. Ahora están secos, casi crujientes. La noche no es apta para el descanso. Desde abajo, entre los huéspedes, se percibe el aumento gradual de una conmoción. Un murmullo estremecedor se acrecienta en los dormitorios hasta dejarlos a todos al borde del pánico. El anciano se apresura a despertar a su mujer quien le prepara una cena a tan ilustre personaje; es preferible hacerle olvidar que es nuestro enemigo. El anfitrión va escalera arriba con un montón de cueros de cabra y lo sigue su mujer con una cena improvisada de carne, plátanos asados y licor.

Conversan algunos minutos. La pareja baja las escaleras con su semblante enternecido. La sed que acumuló en la jornada se sumó a la aridez de la cena. Media hora después sus ronquidos amenazan con levantar las tejas que le quedaban al zarzo. Algunos huéspedes huyen a comunicar el suceso a otras aldeas. Pasada la media noche el rumor acumula un centenar de personas alrededor del rancho. El Duende despierta.

—Estoy seguro que es más viejo que yo -dice el anciano dueño del rancho-. Déjenlo morir tranquilo. Recién dejó la cárcel donde purgó una larga condena por sus crímenes. Ha regresado a este pueblo fantasma a vivir sus últimos días. No le quedan muchos.

Los visitantes acorralan a la anciana pareja hasta obligarlos a entrar a su habitación.

—Yo me encargo —dice el hombre de la camisa roja, y asciende las escaleras machete en mano. Los demás esperan.

El Duende escucha el crepitar de los escalones. Las tejas vuelan por los aires con violencia y el zarzo resplandece con la luna en el zenit. El hombre de la camisa roja descubre su cara. El Duende lo reconoce; sobresaltado, retrocede en su cama y se golpea con las vigas pero no manifiesta enfado y es incapaz de defenderse. El hombre le quita el morral, extrae de él su contenido y arroja las evidencias a los pies de los pobladores: dos cajas de munición, una pistola, un machete de tres canales, una prótesis dental con una incrustación de diamante y joyas femeninas. En un bolsillo lateral encuentra una granada a la que le arranca el anillo de seguridad. El Duende desprende una tabla. El crepitar de los clavos es precedido por el zumbido del machete sobre su cabeza. Al tratar de esquivarlo se desploma por un barranco que da a un pantano. La luz de la luna ha desaparecido. El hombre le arroja la granada y lo hiere. El Duende intenta escapar pero la oscuridad absoluta lo desorienta.

Un pozo abismal ha devorado al asesino. La podredumbre y el hedor lo envuelven en medio de una plaga de anfibios e insectos que se introducen por sus orificios ahogando sus alaridos.

El anciano y su esposa enfrentan con vehemencia a los pobladores. No van a permitir otro crimen impulsado por odios heredados en un pueblo que conoció demasiado horror y que ya debería haber sanado sus heridas. Menos en su casa construida con el único propósito de socorrer a cualquier necesitado. Un disparo de su escopeta les anuncia que no se anda con rodeos. Ellos bajan sus armas y regresan con enfado a sus sitios de origen o a sus camastros. Los ancianos arrojan una soga al pozo y ayudan al Duende a escalar.

La pareja compasiva sana sus heridas, se excede en su asistencia, le obsequia todos los recursos disponibles para atenuar su dolor y evita la presencia de sus enemigos. El Duende lamenta tanto altruismo, pues significa la prolongación de su suplicio e impide que un alma herida satisfaga su súplica de piedad y le propine en venganza un disparo que ponga fin a sus días de lacerante deterioro.

### **Carlos Eduardo Moreno Gallego**

Nació en el Líbano, Tolima, el 1 de junio de 1960. Estudió la licenciatura de Idiomas, especialidad Inglés, en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Allí incursionó en el teatro clásico y el teatro de títeres de sombra. Se desempeñó como docente de inglés en diferentes instituciones distritales. Estuvo vinculado al grupo de teatro de la ADE. Estudió pintura en la Academia de Artes Guerrero. Ha participado en seminarios de literatura y técnicas de escritura de guión para cine.

## **La profesora de música**

**Roxana Orguelt**

Me acuerdo de aquellas frías tardes de invierno en Buenos Aires. A las dos empezaban a sonar las teclas del piano, mi mamá desaparecía de la escena familiar y me quedaba sola. El estudio estaba en mi casa separado por una enorme puerta antigua, alta, de madera con vidrios biselados, a través de los cuales, si corría las cortinas de encaje, podía verla sentada al lado de su discípulo. Todas las tardes transcurrían así, entre adagios y allegrettos, sonatas o minués, y algún vals de Chopin, mi preferido.

A veces era un regalo escuchar, porque me sentía transportada a un mundo maravilloso e irreal. Eran Bach, Mendelson o Schubert los que me invitaban a soñar y me transportaban a un mundo de fantasía donde era la protagonista, subida a unas zapatillas de pálido raso rosado, para mí mágicas como las del cuento. Gracias a las clases de ballet, que debía negociar con mi mamá a cambio de estudiar piano, mi cuerpo comenzaba a danzar y la música a apoderarse de mí, y entraba en otra dimensión y era feliz.

Otras veces ellos eran principiantes, entonces era un ruido ensordecedor. Bach no era Bach y las notas parecían desdibujarse en cualquier preludio. Entonces prefería la televisión o buscar cualquier excusa para salir al jardín por más fría que fuera la tarde.

Mi alumna preferida era una joven japonesa llamada Imamura. Sus manos pequeñas se deslizaban con agilidad entre los acordes y octavas de aquel impromptu, el número dos de Shubert. Siempre impecables sus ejecuciones, parecía un concierto y el rostro de mi mamá se iluminaba y yo entendía que también era su preferida.

### Roxana Orguelt

Educadora del nivel inicial y promotora de lectura. Estudió profesorado de educación inicial, historia, danzas, expresión corporal y música. Nació en Argentina pero reside con sus dos hijas en Bogotá desde hace muchos años, donde trabaja como profesora de lengua castellana con niños de diferentes edades de educación primaria en un colegio privado. Actualmente escribe e ilustra historias y cuentos para niños y desarrolla estrategias que aportan a la formación de sus estudiantes en el aprendizaje de la lengua, literatura y creatividad.

## Índice

Presentación	5
Entrevista al Vizconde demediado	7
Mi amigo el gigante	9
Sortilegio	11
Junto al mar	13
Entre nosotras	15
Teatrino	17
Amarillo gato bombillo	19
Irrealidad	21
Sobre el suicidio	23
Visita	25
Entre los dos – Aforismos	29
Doppelgänger	31
Súplica de amor	33
Cámara online	35
Sonetillo	37
La lucidez de un perturbado	39
¿Qué hay en un nombre?	41
Cíngulo	44
El Duende	45
La profesora de música	51

# veinte orbes

muestra del taller virtual  
2016

Red de Talleres Locales de Escritura  
Gerencia de Literatura  
Instituto Distrital de las Artes (Idartes)  
Taller Virtual de Escritores

[www.tallervirtualdeescritores.com](http://www.tallervirtualdeescritores.com)